

Reflexiones teórico-epistemológicas en torno al problema de la mediación en psicología: ¿qué puede aportarnos la teoría del embodiment?.

Garcia Cernaz, Santiago.

Cita:

Garcia Cernaz, Santiago (2020). *Reflexiones teórico-epistemológicas en torno al problema de la mediación en psicología: ¿qué puede aportarnos la teoría del embodiment?. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/737>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/TSe>

REFLEXIONES TEÓRICO-EPISTEMOLÓGICAS EN TORNO AL PROBLEMA DE LA MEDIACIÓN EN PSICOLOGÍA: ¿QUÉ PUEDE APORTARNOS LA TEORÍA DEL EMBODIMENT?

García Cernaz, Santiago

CONICET - Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Artes. Laboratorio para el Estudio de la Experiencia Musical (LEEM). La Plata, Argentina.

RESUMEN

En psicología, gran parte de los problemas teóricos y metodológicos que surgen en la comprensión de la experiencia humana provienen del modo en que se conceptualizan las complejas relaciones entre el nivel de la cognición individual con las formas de mediación que constituyen los artefactos y signos culturales. El objetivo del presente trabajo es reflexionar acerca de la noción de mediación semiótica. En primer lugar, nos enfocamos en el análisis de los supuestos epistemológicos que subyacen a los distintos modos de concebir la antinomia individuo-cultura, señalando la necesidad de recortar unidades de análisis que conserven las propiedades básicas del fenómeno concebido como una estructura total. En segundo lugar, la noción de “actividad mediada” como unidad de análisis de la psicología cultural es analizada críticamente a la luz de una renovada perspectiva genética que abreva de los aportes de la teoría semiótica de Peirce. Finalmente, se analizan los aportes tanto teóricos como metodológicos que la teoría del embodiment puede ofrecernos para abordar este complejo problema.

Palabras clave

Epistemología estructural-sistémica - Mediación - Semiosis - Génesis

ABSTRACT

THEORETICAL-EPISTEMOLOGICAL REFLECTIONS AROUND THE PROBLEM OF SEMIOTIC MEDIATION IN PSYCHOLOGY: WHAT CAN THE THEORY OF EMBODIMENT PROVIDE US?

In psychology, much of the theoretical and methodological problems that arise in understanding human experience stem from how are conceptualized the complex relationships between the level of individual cognition with the forms of mediation that constitute cultural artifacts and signs. This work aims to reflect on the notion of semiotic mediation. Firstly, we focus on the analysis of the epistemological assumptions that underlie the different ways of conceiving the individual-culture antinomy, pointing out the need to select analysis units that preserve the basic properties of the phenomenon conceived as a total structure. Second, the notion of “mediated activity” as a unit of

analysis of cultural psychology is critically analyzed in light of a renewed genetic perspective that draws on the contributions of Peirce's semiotic theory. Finally, the theoretical and methodological contributions that embodiment theory can offer us to address this complex problem are analyzed.

Keywords

Structural-systemic epistemology - Mediation - Semiosis - Genesis

Introducción

La antinomia individuo-cultura requiere la consideración de niveles de análisis tanto sociológicos como psicológicos (Gillespie & Zittoun, 2010) lo que constituye un problema fundamental en la psicología cultural (Valsiner & Rosa, 2007). Sabemos que los modos en que las diversas teorías de esta disciplina han formulado los problemas, y las posibles respuestas a éstos, reflejan los supuestos de orden epistemológico sobre los cuales se apoyan. Según Toomela (2012), la perspectiva preponderante en la investigación en psicología es la epistemología cartesiano-humana, la cual, busca distinguir causas claras y distintas que pueden deducirse a partir de sus efectos: o bien son las aptitudes internas al individuo las que explican la producción y adquisición de normas y herramientas culturales o bien es la cultura la que, por medio de relaciones de influencia o coerción externa motoriza los procesos de cambio psicológico en el individuo. Siguiendo a Toomela, la principal limitación de la epistemología cartesiano-humana es que estudia las causas eficientes que afectan las cosas o fenómenos, pero no estudia lo que la cosa o el fenómeno es: el problema es que no sólo una sino muchas covariaciones entre algunas características de los eventos pueden ser descubiertas (2012). Para poder conocer lo que el fenómeno es, se requiere una consideración de la estructura que subyace al mismo, a partir de la cual se pueden distinguir distintos tipos de causalidad que derivan de las relaciones parte-todo (causas material y formal) y de los procesos de desarrollo en el tiempo (causa final), aspectos propios de una epistemología estructural-sistémica (2012).

Esta epistemología, permite superar posiciones dicotómicas que busquen explicar los procesos a partir de la influencia lineal de una variable sobre otra y abre la posibilidad del pensamiento dialéctico: individuo y cultura se co-construyen. Esto guarda una fuerte correspondencia con la propuesta de Valsiner de pensarlos no en términos de dualismos, que guardan entre sí una relación de separación exclusiva, sino en términos de una dualidad en donde existe una separación inclusiva: ambos polos son partes de un sistema mayor que las contiene y cuyas relaciones deben considerarse como un tercer elemento (citado en Rosa, 2000). Es menester, entonces, que el recorte de las unidades de análisis sostenga la tensión irreductible entre el agente y los modos de mediación que son posibilitados por los recursos culturales. En consonancia, las unidades de análisis del programa de investigación histórico-cultural han sido conceptualizadas en términos de 'actuar-con-medios-mediacionales', 'actividad', 'acción simbólica', mediación con 'sistemas de actividad', mediación con transiciones, mediación con 'actos sociales' y muchas otras (Gillespie & Zittoun, 2010).

Sin embargo, Martí (1994) afirma que ciertos autores del programa histórico-cultural han caído en un argumento circular acerca de la mediación semiótica, lo cual ilustra con una cita de Wertsch:

"Aunque la última elección pudiera ser 'actividad', 'actividad mediada', 'actividad ubicada' o 'diálogo' y 'voz', parece que la 'acción dirigida hacia un objetivo y mediado por instrumentos' constituye la esencia de las unidades de análisis que mantiene la propiedad esencial del funcionamiento psíquico" (citado en Martí, 1994, p. 7)

Aquí Martí objeta que *"es necesario explicar cómo pueden emerger las acciones mediadas de acciones más primitivas no mediadas"* (p. 7) y más adelante añade que *"para explicar su construcción como basada en la naturaleza de la acción mediada es una explicación circular"* (p. 7).

Una teoría semiótica que retorna: la perspectiva peirciana

Rodríguez y Moro (1999) sostienen que es posible superar este argumento circular si se atiende a una concepción de la semiosis coherente con la teoría de Charles Sanders Peirce. Este prolífico pensador estadounidense y padre de la semiótica ha tenido una fuerte influencia en la psicología, aunque no se le ha reconocido lo suficiente o se le ha interpretado de modos que no hacen justicia de su complejidad (Riba, 1995). En las últimas décadas se ha comenzado a recuperar la visión de Peirce, dado que tiene

"la potencialidad de permitir establecer un nexo entre las dos perspectivas que señalan las dos orillas de lo psicológico [...]: la consideración de lo psicológico como fenómeno natural y como fenómeno personal, capaz de dar sentido a la experiencia, como fenómeno generador (y producto) de la cultura, del domi-

nio de lo espiritual (del Geist). Y, además, hacerlo de una forma reglada por una lógica que, basándose en el concepto de acción, conduce a la significación" (Rosa, 2000, p. 50)

En efecto, una de las principales potencias de la teoría peirciana es que considera explícitamente tanto la dimensión ontológica como la fenomenológica para sus análisis de los procesos de semiosis: partiendo de sus categorías de primariedad, secundariedad y terciariedad analiza cómo las relaciones de significación se construyen a partir de la vinculación de objetos y experiencias fenoménicas que se dan en la acción en curso del sujeto. Esto se traduce directamente en su reconocida concepción tricéfala del signo compuesta por *representamen* (o signo propiamente dicho), *objeto* e *interpretante*: *"un signo o representamen, es algo que, para alguien [el Intérprete], representa o se refiere a algo [el Objeto] en algún aspecto o carácter"* (citado en Rodríguez & Moro, 1999, p. 112). La teoría peirciana, en tanto incluye de modo coherente a la realidad factual en el proceso semiótico, creemos que aventaja a la concepción bicéfala saussureana, mayormente difundida en psicología. Ésta última, al considerar al signo lingüístico como modelo del proceso semiótico, sólo repara en la distinción significante-significado, dejando así por fuera las relaciones de referencialidad entre los significados y los objetos que se establecen gracias a la acción del sujeto en un mundo físico y cultural. Tal como afirman Rodríguez y Moro (1999) esto es especialmente relevante para los estudios ontogenéticos en tanto permite considerar distintos modos en que las y los infantes se vinculan con los objetos y con los otros a lo largo del desarrollo, modos que van más allá (o más acá) de lo lingüístico.

La primariedad refiere a la pura posibilidad (no existente) de una cualidad positiva que se distingue en la conciencia de manera inmediata, como la brillantez del sol, retomando el genial ejemplo ofrecido por Rosa (2000). Al signo que se construye a partir de la relación triádica entre esta cualidad fenoménica, el objeto (en tanto polo en donde se distingue esta cualidad positiva) y su interpretante (el sentimiento que se experimenta cuando se tiene la conciencia fenoménica de la cualidad) se lo denomina *cualisigno*. La secundariedad refiere a un hecho factual o evento existente (no meramente posible) que se nos presenta como una interrupción o una resistencia en la conciencia frente a un hecho bruto que no tiene una razón de ser (para ello se requiere de la terciariedad). Esta relación triádica sostiene los signos que Peirce denominó como *sinsigno*, en tanto es un signo en la mente que está en lugar de otro signo en la mente: su objeto es un cualisigno. En el ejemplo anterior, se trata de que el sujeto reconoce que hay una brillantez objetiva que proviene de un objeto real brillante. Por último, la terciariedad es la concepción de la mediación propiamente dicha en donde lo primero y lo segundo se ponen en relación por medio de una razón, ley o hábito: *"[l]a terciariedad como categoría del ser, consiste en esa tendencia de las cosas a tomar hábitos, a venir juntas de tal manera que*

sean predecibles, <<a conformarse con una regla general>>” (Rosa, 2000, p. 46). El *legisigno* es el signo que surge de esta relación: su objeto es un sinsigno. En el ejemplo anterior, podríamos pensarlo como la palabra “brillantez” que, conforme a una convención o ley, simboliza a partir de la clasificación y la generalización: “*la consideración de un hecho (basado en una cualidad sensible) como un ejemplar de una categoría general establecida a partir de una legalidad*” (2000, p. 47).

Asimismo, Peirce distingue tres tipos de signos según el tipo de relación que establezcan entre el objeto y el representamen. En primer lugar, puede haber una relación de naturaleza *icónica* en la que el signo se asemeja con su objeto, de modo que en el ícono puro no hay distinción entre el representamen y su objeto. En segundo lugar, puede existir una relación de orden *indicial* en la que el representamen “*refiere al objeto en virtud de ser realmente afectado por este; existe una conexión real con su objeto*” (Restrepo, 1990) como, por ejemplo, el movimiento de un girasol que indica la dirección del sol. En tercer lugar, puede tener lugar una relación de tipo simbólica en tanto el símbolo es un signo convencional o ley normalmente establecida por la cultura como los signos lingüísticos.

Asimismo, la naturaleza recursiva del proceso semiótico peirciano, dada por el hecho de que el interpretante que vincula el signo con su objeto puede volverse a su vez el objeto de una nueva tríada semiótica, deja abierta la posibilidad de establecer un proceso genético de construcción de complejidad creciente (Rodríguez y Moro, 1999; Rosa, 2000). En términos de Peirce: “*los símbolos crecen. Llegan a la existencia desarrollándose a partir de otros signos, particularmente a partir de los íconos o a partir de signos mixtos que participan de la naturaleza de los íconos y símbolos*” (citado en Rodríguez & Moro, 1999, p. 113). A esta continuidad que hay en la complejidad creciente de los signos, Rodríguez y Moro (1999) sostienen que es posible leerla en clave genética para poder romper con el argumento circular antes mencionado en tanto se parte de la ausencia de mediación, de la primeridad. Particularmente, los cualisignos de tipo icónico son grandes candidatos de punto de partida de este desarrollo, dado que, como hemos señalado, no necesitan apoyarse en otros signos más primitivos. Rodríguez y Moro (1999), retomando la letra de Peirce, aseguran que este tipo de semiosis observamos en los sentimientos o emociones: “[*los sentimientos (emociones, feelings) o las sensaciones primitivas serían buenos puntos de partida sobre los que se apoyaría la evolución semiótica (y ahora sí, mediada) del niño gracias a la acción de las otras personas*” (1999, p. 115).

La teoría del *embodiment*: hacia el giro corporal

Las emociones, han sido poco atendidas por la psicología: desde el pensamiento cartesiano que vio nacer nuestra disciplina, la emoción e incluso el cuerpo en general, es aquello que introduce “ruido” en el pensamiento racional, lo cual ha sido elocuentemente ilustrado con la famosa metáfora de Ryle del “fantasma

en la máquina” (2002). Sin embargo, en las últimas décadas, asistimos a un cambio de paradigma en las ciencias humanas, al que la bailarina y filósofa Maxine Sheets-Johnstone (2011) ha bautizado como *giro corporal*. Este vuelco supone el abandono de la escisión cartesiana que comprende los procesos cognitivos como susceptibles de abstraerse del contexto corporeizado en el que emergen, re-uniendo así cuerpo, mente y entorno en la comprensión de la experiencia humana. En psicología puede identificarse este cambio de paradigma en la teoría del *embodiment* (Calvo y Gomila, 2008) que ha puesto el foco en los aspectos corporeizados de los procesos psicológicos, impulsando un renovado interés por el rol que juegan las dinámicas del movimiento en su constitución y desarrollo. Este nuevo paradigma comenzó a reconsiderar el rol crucial de las emociones en la vida psicológica, ya no como mero ruido en el procesamiento “racional”, haciendo justicia de un obstáculo epistemológico que venía arrastrándose por décadas.

La teoría del *embodiment* es, asimismo, coherente con una *perspectiva de segunda persona* en la conceptualización de los sistemas intersubjetivos. Esta perspectiva afirma que para uno mismo los estados mentales del otro son transparentes en tanto son percibidos directamente a través de sus dinámicas corporales: no es necesaria una inferencia deductiva (tal como una Teoría de la Mente) o una simulación a partir de nuestra propia experiencia para conocer los estados mentales del otro (Español, 2016). Esto va en consonancia con la tesis de otro pragmático estadounidense como William James (1884/1985), abrazada también por la perspectiva del *embodiment*, que afirma que no hay razones de peso para diferenciar una emoción como, por ejemplo, la tristeza de su expresión corporal, digamos, el llanto. En efecto, para James “nos sentimos tristes porque lloramos”: no debe pensarse a los cambios de tensión y tono corporales (viscerales, glandulares y musculares) como el referente de una entidad mental independiente como la “tristeza”. Si intentamos separar las emociones de su expresión emocional no nos queda nada, no hay un estado mental independiente de ello. Esto abre la puerta a una vivencia intersubjetiva de emociones que está en las antípodas del solipsismo epistemológico heredado del pensamiento cartesiano.

De modo concomitante al giro conceptual que atraviesa la disciplina, tuvo lugar la introducción de herramientas de análisis propias de las artes temporales, como la danza y la música, hacia el campo de la psicología. Los microanálisis de escenas de interacción entre adulto y bebé posibilitados por la introducción de estas herramientas han permitido visibilizar complejos procesos de interacción en la diada que implican la construcción de secuencias comunicativo-interactivas con una precisión de milisegundos (Español & Shifres, 2015; Shifres & Español, 2004). Se ha visibilizado así, que los intercambios de emociones que allí ocurren, que se creían caóticos o azarosos, responden a finos procesos de coregulación y co-construcción de sentidos compartidos entre adulto y bebé (Español, 2016).

Las formas de la vitalidad

Partiendo de un enfoque que integra la mirada clínica sobre la subjetividad propia del psicoanálisis y los hallazgos de laboratorio de la psicología cognitiva, el norteamericano Daniel Stern (2010) propuso el concepto de *formas de la vitalidad* para denotar los “modos de sentir” temporales que acompañan a toda experiencia de movimiento y que adulto y bebé comparten en muchas interacciones tempranas. Se trata de patrones temporales de cambio en la intensidad de la sensación, descrita en términos de agitación, crescendos, estallidos, desvanecimientos, que no pueden ser reflejadas en el léxico de los afectos darwinianos (tales como enojo, alegría, tristeza, miedo) (Español, 2007). Las formas de la vitalidad son una Gestalt, en donde se integran movimiento, tiempo, fuerza, espacio y direccionalidad/intencionalidad. A diferencia de la sensación, no tienen una modalidad específica: los intercambios multimodales en la díada adulto-bebé que comparten un perfil temporal tendrán el efecto de hacer surgir los mismos afectos de la vitalidad en ambos, un mutuo sentimiento de comunión, crucial para el desarrollo de los encuentros interpersonales y para las artes temporales no-figurativas, como la danza y la música.

Stern (2010) asegura que, en los juegos sociales tempranos tales como los juegos de ocultamiento o los juegos de aproximación o de sostén, el adulto manipula la fuerza, la dirección y la velocidad de sus comportamientos y los elabora de acuerdo a la forma repetición-variación, para regular el nivel de atención y excitación del bebé y generar expectativa, prolongando así los periodos de interacción. La repetición de una pauta, ya sea un ritmo, un pulso, un contorno espacial o un perfil de intensidad, conduce a que progresivamente el bebé pueda ir anticipando la conducta del adulto. Este formato lúdico-interactivo guarda semejanza con lo que Rivière ha denominado “reacciones circulares sociales” en las que el adulto llama la atención del bebé con alguna pauta de movimiento o sonido y el bebé al responder con alguna conducta social general -como una vocalización gozosa, una sonrisa o agitación- estimula al adulto a seguir interactuando y repetir la pauta de conducta dirigida a él (1984/2003).

Sin embargo, el juego social temprano es un juego asimétrico: el adulto manipula las formas de la vitalidad y el bebé participa con conductas sociales generales. Recientemente, fue documentada una nueva forma de juego en la que tanto el adulto como el niño utilizan la forma repetición-variación para construir y compartir motivos sonoro-kinéticos: se trata del juego con las formas de la vitalidad (Español, Martínez, Bordoni, Camarasa, & Carretero, 2014). Este formato de juego se asienta también en el fenómeno de la musicalidad comunicativa (Malloch & Trevarthen, 2008) y es considerado una reedición, a partir del segundo año de vida, de los juegos sociales tempranos con una participación simétrica del niño en la composición del juego. El contenido del juego es la manipulación, por parte tanto del adulto como del bebé, de las formas de la vitalidad

de su propia conducta a través de la elaboración de motivos de movimiento y/o sonido de acuerdo a la forma repetición-variación.

Conclusión

Las formas de la vitalidad, son de esta clase de afectos cuyo sentido emerge como una propiedad de un sistema intersubjetivo, el cual podemos entender en los términos de creación participativa de sentidos [*participatory sense-making*] propuestos por De Jaegher y Di Paolo (2007). En efecto, la interacción adulto-bebé puede ser pensada desde esta propuesta enactiva de la cognición social, en tanto se trata de una genuina correlación no-accidental entre los comportamientos entre dos o más sistemas que están en acople sostenido (2007). La coordinación puede ser en distintas escalas temporales y puede ocurrir a partir de distintos medios como la sincronía, la anticipación, el reflejamiento, la imitación, entre otros -a los cuales nosotros podemos agregar el ritmo y el pulso, desde el enfoque de la musicalidad comunicativa (Malloch & Trevarthen, 2008). Los formatos de juego que implican la creación de sentido a partir de la manipulación de las formas de la vitalidad generan estados compartidos de gran mutualidad y entendimiento mutuo, y pueden ser experimentados con gran placer. Si bien son formatos interactivos más frecuentes en la infancia, sobre todo temprana, los adultos podemos seguir experimentando esta mutualidad como espectadores de artes temporales como la danza y la música. Cuando como adultos presenciamos un espectáculo de danza o cuando, por ejemplo, nosotros mismos bailamos tango, estamos creando sentidos participativamente a través del movimiento (Van Alphen, 2014).

Tanto en la infancia temprana como en las artes temporales, la vivencia de la musicalidad puede tomar la forma de claras experiencias narrativas (Malloch & Trevarthen, 2008), en el sentido de organización secuencial de eventos que se diferencian, experimentan tensiones y alivios y concluyen, a partir de la manipulación de las formas de la vitalidad. La forma repetición-variación es en cierto sentido una de las primeras estructuras narrativas pero que estará presente a lo largo de toda la vida, y que fue construida en la infancia temprana a partir de afectos que, hipotetizando desde un punto de vista semiótico peirciano, están en el límite inferior de la mediación semiótica. Podemos arriesgarnos a pensar que quizás la estructura narrativa de repetición-variación que se comparte en estos formatos, en tanto estructura multimodal -dado que puede ser instanciada en distintas modalidades sensoriales-, constituye uno de los primeros e incipientes marcos mediadores de la actividad humana. Si esto es así, sería coherente con una perspectiva genética de la concepción tricéfala del signo de Peirce, lo cual abre la puerta para entablar un debate no sólo con el programa histórico-cultural de Vygotski sino también con el programa psicogenético de Piaget, ambas basadas en una concepción bicéfala del signo (significante y significado) coherente con las formulaciones de

Saussure (Rodríguez, 2017).

Creemos que la perspectiva del *embodiment* es un recurso muy valioso en tanto permite visualizar la continuidad entre actividad cultural y cognición al concebirlas como parte de un sistema total que posee propiedades emergentes que se desarrollan en el tiempo. En consonancia con una epistemología estructural-sistémica que supera las explicaciones basadas en relaciones de causalidad lineales propias del pensamiento cartesiano-humano, creemos que esta perspectiva aún joven tiene mucho para ofrecer para el futuro de las áreas de la psicología cultural y del desarrollo, así como también para la psicología en general.

BIBLIOGRAFÍA

- Calvo, P., & Gomila, T. (Eds.) (2008) *Handbook of cognitive science: An embodied approach*. Elsevier.
- De Jaegher, H. & DiPaolo, E. (2007). Participatory sense-making. An enactive approach to social cognition. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 6, 485-507. doi: 10.1007/s11097-007-9076-9
- Español, S. (2004). *Cómo hacer cosas sin palabras. Gesto y ficción en la infancia temprana*. Madrid: A. Machado Libros.
- Español, S. (2007). Time and Movement in Symbol Formation. En *The Cambridge Handbook of Socio-Cultural Psychology*. New York: Cambridge University Press.
- Español, S., Martínez, M., Bordoni, M., Camarasa, R., & Carretero, S. (2014). Forms of vitality play. *Integrative Psychological and Behavioral Science*, 1-27.
- Español, S., & Shifres, F. (2015). The artistic infant directed performance: A microanalysis of the adult's movements and sounds. *Integrative Psychological and Behavioral Science*, 49(3), 371-397.
- Español, S. (2016). La forma repetición-variación: una estrategia para la reciprocidad. En S. Español (Comp.), *Psicología de la Música y del Desarrollo* (págs. 157-192). Buenos Aires: Paidós.
- Gillespie, A & Zittoun, T. (2010) Using resources: Conceptualizing the mediation and reflective use of tools and signs. *Culture and Psychology*, 16(1), 37-62.
- James, W. (1884/1985) "¿Qué es una emoción?", traducción española en *Estudios de Psicología*, 21, 57-73.
- Malloch, S., & Trevarthen, C. (Eds.) (2008). *Communicative Musicality*. Oxford: Oxford University Press.
- Martí, E. (1994). Mediated Activity: A risk of Sociocultural Reductionism. *Socio-Cultural Research News*, 1(2), pág. 7.
- Restrepo, M. J. (1990). La semiótica de Charles S. Peirce. *Signo y Pensamiento*(16), 28-46.
- Rosa, A. (2000). ¿Qué añade a la psicología el adjetivo "cultural"? *Anuario de Psicología*, 31(4), 27-57.
- Riba, C. (1995). De ayer y de hoy: Charles S. Peirce (1839-1914). *Anuario de Psicología*, 64, 83-89.
- Rivière, A. (1984/2003). Acción e interacción en el origen del símbolo. En A. Rivière, *Obras Escogidas. Lenguaje, simbolización y alteraciones del desarrollo* (Vol. II, págs. 77-108). Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Rodríguez, F. G. (2017). *La comunicación humana antes de la gramática. Pragmática y semántica en las relaciones de habla y gesto durante el período de primeras composiciones verbales* (Tesis Doctoral). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires
- Rodríguez, C., & Moro, C. (1999). *El mágico número tres: cuando los niños aún no hablan*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Ryle, G. (2002) *The Concept of Mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sheets-Johnstone, Maxine (2011). The Corporeal Turn. *Journal of Consciousness Studies*, 18, 145-168.
- Shifres, F., & Español, S. (2004). El juego musical en la génesis y desarrollo de las capacidades ficcionales. *Cuarta Reunión Anual de SACCoM. (Sociedad Argentina para las Ciencias Cognitivas de la Música)*. Tucumán.
- Stern, D. (2010). *Forms of Vitality: Exploring Dynamic Experience in Psychology, the Arts, Psychotherapy, and Development*. Oxford: Oxford University Press.
- Toomela, A. (2012). Guesses on the Future of Cultural Psychology: Past, Present, and Past. En J. Valsiner (Ed). *The Oxford Handbook of Culture and Psychology* (pp. 998-1033). Oxford University Press.
- Valsiner, J., & Rosa, A. (2007). General Conclusions: Socio-Cultural Psychology on the Move. En J. Valsiner & A. Rosa (Eds.), *The Cambridge Handbook of Sociocultural Psychology* (pp. 692-708). Cambridge: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CB09780511611162.038
- Van Alphen, F. (2014). Tango and Enactivism: First steps in exploring the dynamics and experience of interaction. *Integrative Psychological and Behavioral Science*, 48, 322-31 DOI 10.1007/s12124-014-9267